

—La señorita Antonina usa sombrerillos y fallitas de encaje, ¿no es esto?

—Naturalmente.

—Pues entónces, ya verá vd. si la modista Nichette le será ó no á vd. un grande auxilio, y si no tendrá vd. que dárla mas tarde rendidas y espresivas gracias por lo que va á hacer.



CAPITULO X.

LA CARTA DE ANTONINA.

En verdad, cuando se reflexiona en ello, que era necesario ser lo que era Antonina, es decir, la mas casta, la mas noble, la mas candorosa niña del mundo, para escribir así á un desconocido, la carta que ella acababa de escribir á Edmundo, se necesitaba desde luego suponer que Edmundo pudiera estar, por un misterio simpático, iniciado en todos los pensamientos que desde por la mañana habian asaltado á la jóven, y en la revelacion que su padre le habia hecho sobre su enfermedad; era necesario, en fin, admitir un imposible.

Ella habia escrito aquella carta, ó mejor dicho aquel renglon, sin calcularlo, y solo como una necesidad de los pensamientos que hervian en su cabeza. Aquello era, pues, mas que candor; era una niñería en toda la acepcion de la palabra.

Pero, desgraciadamente aquella niñería podia tener muchas consecuencias que la señorita Devaux no habia previsto.

Aquel aviso anónimo podia ser mirado por Edmundo como una ridícula chanza, y no reconocer en él el sentimiento que lo habia dictado: ó si el señor de Péreux sospechaba de quien le venia aquel escrito, podia, en la ignorancia en que estaba de lo que el señor Devaux habia dicho á su hija, interpretar aquel paso de un modo provechoso á su amor naciente; en fin, si la carta lograba el objeto que Antonina se habia propuesto, es decir, si ella revelaba al enfermo toda la gravedad de su mal y la necesidad de un pronto viage, era descubrirle brutalmente una cosa, que por interes de él mismo debia haber cuidado Antonina de ocultársela tanto como fuera posible.

Empero la doncella no habia ni aun sospechado estos eventos. Lo repito, Antonina era una verdadera niña, que habia obrado en este asunto con todo el atolondramiento de los corazones juveniles.

Mas, cuando hubo llegado la noche, cuando quedó sola en su aposento para acostarse; cuando pudo decirse: "A estas horas el señor de Péreux debe haber recibido mi carta;" con esa estremada rapidez de sensaciones que caracteriza á las doncellas, se espantó, se aterrorizó del paso que habia dado.

Por un cambio brusco de su imaginacion, no vió ya en aquella accion, que tan loable le habia parecido al principio, mas que los inconve-

nientes; nó miró mas que el hecho de una jóven escribiéndole á un hombre á quien no conoce, é inmediatamente se exageró las consecuencias que aquella ligereza podria traerla.

—¿Qué va á pensar de mí? se decia á sí misma. Va á creer que parto para el Modiodia, y que le aconsejo que me siga... Puede figurarse que tengo miedo de amarlo, y le mando que se vaya; tal vez supondrá que amo á otro. ¡Cuántas cosas, en fin, que no existen, va á imaginarse! porque, puesto que mi padre me dice que ni aun sospecha el estado en que se halla, es imposible que comprenda mi carta.

En medio de todas estas luchas interiores ni por un momento dudaba que Edmundo no adivinase inmediatamente quién le escribia.

—Por qué habré yo escrito esa carta? continuaba. ¡Ay Dios mio! la escribí solo para salvar á ese jóven que me ama... ¿pero quién me ha dicho que me ama?—Algo de nuevo que pasa dentro de mí; una voz que me habla al oido, que murmura su nombre. ¿Para qué me habria seguido; para qué habria él venido esta mañana; para qué le habria yo escrito, si no experimentaré por mí á lo ménos tanto interes como tengo yo por él?...

Nuestros lectores no deben admirarse de las mil preocupaciones que asaltaban el ánimo de Antonina. La aventura de la víspera habia roto instantáneamente la monótona armonía de su vida.

No tan solo, nadie la habia hablado hasta entónces de amores, pero ni aun habia habido quien aparentase conocer que ella era ya una muger en edad y capaz de amar. Edmundo era el primero que, sin hablarla, la habia hecho, por decirlo así, una declaracion de amor.

En efecto, seguir á una muger, indagar su nombre, y encontrar desde el dia siguiente el medio de presentarse en su casa, ¿no es hacer la confesion mas completa de amor que pueda exigirse? Y cuando de esta tentativa resulta lo que habia resultado para Edmundo de su visita al señor Devaux, un incidente tan dolorosamente poético, ¿no es natural, casi indispensable, que la jóven, romancesca y sentimental como lo son todas al salir del colegio, haga de esta aventura, de la cual ella es el objeto, la ocupacion incesante de su imaginacion?

Añadiremos, que si cuando comenzó á pensar en las desagradables consecuencias que pudiera acarrear su imprudencia epistolar, Antonina se asustó, llegó tambien no solo á acostumbrarse, sino aun á felicitarse de haber escrito semejante carta, precisamente por las consecuencias que pudiera tener.

¿Dónde está la jóven de diez y seis años que no se alegre de que su vida tome de pronto un triste novelezco y lleno de interes?

Así es que se durmió preguntándose á sí misma:

“¿Qué hará despues que haya recibido mi carta? Algo precisamente tiene de hacer. ¡Cómo quisiera yo que hubiese llegado ya el dia de mañana! ¡Cómo me agrada la vida!”

Habíase olvidado ya de que Edmundo no podia contar mas que con dos ó tres años de vida, y que por esta causa ella le habia escrito.

¡Oh corazon de las jóvenes! eres un cristal puro que refleja en sus mil facetas todas las cosas que pasan en su derredor, y que no conserva vestigios de ninguna de ellas!

Antonina se entregó al sueño sonriendo, y olvidó el matar la luz, hasta que á las dos de la mañana la señora Angélica vino á apagarla, porque la buena señora habia despertado, y fué á ver por qué á tales horas Antonina tenia aun luz en su aposento.

Edmundo velaba, pero velaba feliz, así como ella dormia feliz tambien.

Despues de la comida á que habia concurrido en casa de Nichette con Gustavo, tomó un coche, y los tres amigos se fueron á pasear la hermosa tarde de Mayo á los campos Eliseos, y de allí al Bosque de Bonlogne: Nichette, recostada en el hombro de Gustavo, Edmundo tendido en la delantera del carruaje y contemplando los piecitos de la modista que los habia colocado sobre el cogin delantero.

La jóven y Gustavo se decian en voz baja esas palabras que se adivinan sin oirlas, y que

se lleva la brisa de la tarde con los perfumes de las flores y el canto de las aves.

Edmundo pensaba en Antonina, y en que algun día querría Dios que la tuviese en sus brazos como Gustavo tenia á Nichette; y que fuese tan feliz, mas feliz acaso que su amigo.

Despues de un paseo de dos horas habia dejado en su casa á Gustavo y á Nichette, y diciéndoles "hasta mañana," se dirigió á la casa de su madre.

En el momento en que comenzaba á subir las escaleras, el portero le dió la carta de Antonina.

Edmundo, subiendo, la habia abierto sin sospechar de parte de quién venia ni cuál era su contenido.

Releyó, pues, sin comprenderlo este aviso misterioso.

"Parta vd. para el Mediodia..." repitió sin cesar, delectando, por decirlo así, las palabras para comprender su verdadero sentido.—¿Qué significa esto?

Edmundo se quedó de esta manera sumergido en una profunda meditacion sobre la carta de Antonina, ante su espejo, sin pensar ni aun en quitarse el sombrero, y repitiendo por intervalos: ¿Qué significa esto?

El nombre de la jóven no se le habia ocurrido todavía, porque esta es la costumbre de la imaginacion: va á buscar siempre el motivo de

una cosa muy léjos, cuando podria hallarlo muy cerca y sin nungun esfuerzo: empero el nombre de la señorita Devaux que ocupara á Edmundo durante todo el dia, venia de vez en cuando á fijarse al pié de aquella carta, de manera que muchas ocasiones de Péreux, bajo el imperio de una especie de alucinamiento, estregó el papel que tenia entre las manos, como para hacer brotar aquel nombre.

En este estado se hallaba cuando llamaron á su puerta.

—Entren! exclamó sin volverse siquiera, creyendo que seria algun criado que vendria á buscar algun objeto.

—¿Qué lees con tanta atencion, hijo mio? preguntó la señora de Péreux reclinando su cabeza sobre uno de los hombros de Edmundo.

—Ah! buena madre mia, dijo éste; perdóname... no podia figurarme que fueras tú quien tocaba. Estoy leyendo una carta, que no puedo comprender, porque ignoro de quién viene y lo que significa. Si tú puedes descifrámela, me sacarás de una perplejidad molesta.

—Veamos! contestó la señora de Péreux; y Edmundo dió la carta á su madre.

Apenas la hubo ésta leido, cuando se puso pálida. Aquella alteracion no se escapó á su hijo.

—Qué tienes, madre mia? exclamó.

—Nada, balbuceó la señora de Péreux, tra-

tando de sonreír; nada, mi querido hijo... hace algún tiempo que me hallo sujeta á estos accesos de palidez repentinos... Es la sangre que se me agolpa al corazón.

—Es preciso cuidarte...

—Oh! esto es nada... tranquilízate.

La señora de Péreux hacia violentos esfuerzos para sonreírse; pero, en fin, se sonreía.

—¿Has leído esa carta? replicó Edmundo tranquilizado con aquellas sonrisas.

—Sí.

—¿Y comprendes algo?

La señora de Péreux trató de responder; pero de pronto un raudal de lágrimas se escapó de sus ojos, y se dejó caer sobre una silla, ocultando su rostro con el pañuelo.

—¡Dios mio...! ¿qué tienes, madre? gritó Edmundo arrojándose á sus pies. En nombre del cielo, dime ¿qué te sucede? ¿Estás enferma? ¿nos amenaza alguna terrible desgracia...?

—No, no, hijo de mis entrañas, no; respondía convulsivamente la digna muger, abrazando con pasión á su hijo; nada tenemos que temer... Pero ya sabes qué tímida, qué loca soy... con cuánta facilidad me alarmo... Ya era tan tarde... y no te había visto entrar... temía que te hubiera sucedido alguna cosa... Tienes por costumbre todas las noches cuando entras, ir á abrazarme... y ahora lo habías olvidado... Temblaba de que tuvieras alguna

pena, algún motivo de tristeza... y había venido á asegurarme... Estas emociones sin motivo, y á las cuales mi ternura hacía tí me tiene sujeta, son la causa de mis lágrimas...

Abrázame, continuó la señora de Péreux enjugando sus ojos y aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir; abrázame, y no hablemos más de esto... En cuanto á esta carta....

—¿Qué me importa esa carta, cuando tú padeces!

—En cuanto á esta carta ¿quieres que te diga de parte de quién viene?

—Dilo, mi querida madre, dilo.

—Pues es de la señorita Devaux.

—¿Qué te induce á creer eso?

La señora de Péreux hacia desesperados esfuerzos para no llorar.

—Una cosa muy sencilla, replicó ella con una sonrisa fingida... la señorita Devaux te ama...

—¿La señorita Devaux me ama, dices.

—Sí.

—Espílicate, espílicate, madre mía.

—O si no te ama, siguió la señora, se interesa por tí. Esta mañana has estado en casa del señor Devaux... y para entrar á su casa has tenido que fingir una enfermedad...

La madre se detuvo: su agitacion la ahogaba.

—Es cierto, respondió Edmundo.

—No sabiendo qué recetarte, puesto que no estás enfermo, te ha mandado que viages. ¿No es esto lo que me dijiste esta mañana? continuó la señora de Péreux con un tono que trataba de hacer indiferente.

—Efectivamente.

—Pues la señorita Antonina, que, curiosa como todas las muchachas debe haber oído vuestra conversacion, habrá creído que estás realmente enfermo, y aconsejada por un generoso sentimiento, te ha escrito esto, pensando que tu curacion depende de ese viage que te ha ordenado su padre.

—Es muy natural, madre mia, y tú has adivinado lo que yo solo nunca hubiera llegado á comprender. ¿No te parece que ésta es una hermosa accion de parte de Antonina? ¿Tiene un corazon de ángel esa niña... ¡ya ves cómo piensa en mí...! Oh! yo la veré, y la daré las gracias por lo que acaba de hacer. Me amará, ¿no lo piensas tú...? Siento algo en el corazon que me lo anuncia... y vas á tener dos hijos en vez de uno solo. ¡Qué dichosos vamos á ser todos! ¿Tú no estarás celosa de que la ame, verdad?

—No, no, hijo mio... sin embargo, ¿si yo te pidiera un sacrificio?

—¿Cuál, querida madre?

—Si yo te dijera: Edmundo renuncia á esa jóven; no trates mas de verla, ni á ella ni á su

padre... Si yo te pidiera esto sin motivo y como un solo capricho, ¿me lo concederías?

—Oh!... Sí, madre mia, porque creeria, que aunque no me dieras ninguna razon, debe haber una por lo ménos, y grave.

—Pues bien!...

—Pues bien?

—¡Calla! estoy loca esta noche... no sé lo que digo. Amas á esa niña; tu felicidad depende tal vez de este amor, y vengo á mezclar en este negocio mis celos... Perdóname, hijo mio, perdóname.

—¿Y de qué tengo que perdonarte, sino es de que me amas muchísimo...? ¿Y cuándo ha sido esto una falta para una madre?

—¿No tienes necesidad de algo esta noche...? nada quieres...? dijo la señora de Péreux para cambiar de conversacion y para desocupar su pensamiento, si posible era, de los pensamientos que lo agitaban.

—Gracias, madre mia... ya te ví, y nada mas necesito.

—Entónces, buenas noches... duerme bien!

Todavía en estas palabras se conocia el acento de una voz llorosa. Sin embargo, la señora de Péreux sonrió aun á su hijo ántes de dirigirse á su aposento.

—Que tendrá mi madre esta noche? pensó Edmundo cuando se halló solo. Luego leyó por la vigésima vez la cartá de la señorita Devaux.

—Antonina! . . . murmuró llevando á sus labios el precioso papel; y en aquel solo nombre estaban contenidas todas las promesas, todas las esperanzas, todo el fuego de un corazón amante.

—Dios mío, hágase vuestra voluntad, dijo la señora de Péreux, cayendo de rodillas junto á su lecho, elevando las manos al cielo y prorumpiendo en sollozos;—pero que vuestra voluntad, Señor, no sea rigurosa. . . .

La pobre madre, con ese instinto maternal que tiene algo de adivinación, había comprendido al leer la carta, toda la verdad.

Que los que encuentren esto inverosímil, consulten á su madre si tienen la felicidad de que aun les viva. . . .



CAPITULO XI.

LA ESPERANZA

NO NOS ABANDONA NUNCA.

¡Qué cosa tan bella, tan santa, tan dulce es la esperanza; la esperanza, esa tabla que Dios arroja en medio de todos los naufragios, para que el miserable que zozobra pueda asirse un momento de ella, y durante este momento creer todavía en la vida; la esperanza, última é inagotable moneda del corazón, con la cual nuestra pobre naturaleza humana compra hasta su última sensación!

Oh! sí, la esperanza es dulce y consoladora, como el rayo de sol que visita el calabozo del prisionero, como el murmurio del agua en medio del desierto, como la primera sonrisa de la mujer que se ama! De todos los bienes que Dios ha concedido al mundo, la esperanza evidentemente es el mas grande, sin duda, porque es el último.